

las necesidades apremiantes.» Palabras extrañas en su boca y significativas (1).

No se crea que exageramos historiando estos duelos, en que como en los juicios de Dios en la Edad media, el vencido era entregado al verdugo. Augusto sometía al acusador que no hacía la prueba del hecho denunciado a la pena que hubiera incurrido el acusado, y Tiberio hizo ejecutar á algunos delatores.

II. — DESTRUCCIÓN DE LA FAMILIA DE GERMÁNICO.
— CAÍDA DE SEYANO. — CRUELDADES DE TIBERIO (29-37).

Tiberio no tenía más que dejar correr las cosas para desbarazarse de los que le inspiraban desconfianza ó temor. Pero tenía mucho, porque sabía, como dice Montaigne, que, «quien no hace aprecio de su vida se hace siempre dueño de la ajena;» y escribía al senado, después de la muerte de Sabino: «Mi vida está amenazada de continuo, y temo aún nuevas conspiraciones.» Quería designar á Agripina y á Nerón; y muy luego cayeron en desgracia (29). Livia que, al parecer, había intercedido por ellos, acababa de morir á la edad de ochenta y cinco años, y Seyano, libre ya del estorbo de la vieja emperatriz, apresuraba la perdición de sus nietos. Corrían en Roma algunos anónimos llenos de sarcasmos contra el ministro. Uno de ellos llegaba hasta á suponer una sesión del senado en que se representaba á ciertos consulares discutiendo y opinando con excesiva libertad. Seyano creyó ó fingió creer en un principio de sublevación y escribió á Tiberio diciéndole:

«El senado menosprecia los resentimientos del príncipe; el pueblo se subleva; se reparten y publican supuestos discursos y falsos senadoconsultos. No falta más sino que tomen las armas y proclamen por emperadores á sus jefes, á los que quieren ver sus imágenes en los estandartes.»

Es el mal de los gobiernos de esta clase; el príncipe teme siempre la ambición de sus parientes. No había creado Tiberio esta situación; pero la agravó con sus desconfianzas, con su desprecio de los hombres, con su facilidad en derramar sangre. En la soledad en que se había encerrado, lejos de las gentes y del ruido de las cabezas que caían en Roma, llegó fácilmente á no tener piedad. Los hombres no fueron ya para él más que piezas de un juego; las que, en vez de servir estorbaban, se arrojaban ó se rompían. Los hijos de Germánico venían á ser causa de turbaciones; Tiberio les hizo desaparecer. Agripina fué arrebatada de Roma y conducida á la isla de Pandataria por un tribuno que hubo de tratar con tanta brutalidad á la nieta de Augusto, que le saltó un ojo. Todavía la veremos, dentro de cuatro años, dejarse morir de hambre en su desesperación. Su hijo Nerón, relegado en Poncia, será muy luego condenado á muerte y se suicidará (31); su hermano Druso fué encerrado en un subterráneo del palacio, y á Cayo lo salvaron sus pocos años. Era conveniente conservarlo como un recurso para un caso imprevisto á reserva de deshacerse de él si, andando el tiempo, venía á ser temible ó sospechoso.

Toda la familia de Germánico quedaba pues destruída, y Seyano se creyó cerca de su objeto. En otro tiempo se había atrevido á pedir la mano de Livilla, viuda de Druso, lo que valía tanto como pedir el título de yerno y heredero

(1) Desde aquí nos falta por tres años Tácito; pérdida irreparable, porque, si no siempre estamos de acuerdo con él, él mismo nos suministra los medios de rebatirlo. ¡Qué contraste entre el rico desarrollo de su historia con su grandioso estilo y la gárrula medianía de Dion, nuestro único recurso ahora con Suetonio y Josefo!

del emperador. Tiberio se la negó, aunque con palabras amistosas. El año 31 lo tomó por colega en el consulado, y creyendo el senado penetrar sus intenciones, dió el primer aviso á sus desconfianzas concediendo al ministro los mismos honores que al príncipe. Se erigieron sus estatuas á la par una de otra, se pusieron juntas sus sillas en el teatro y se decretó que los dos serían cónsules por cinco años.

Seyano era ya semidiós: se inmolvaban víctimas ante sus estatuas, y lo que no se había hecho nunca gravemente más que en Roma, y en la Roma de aquel tiempo, él mismo sacrificaba á su divinidad. Algunos lo llamaban el verdadero emperador: el otro, decían por Tiberio, no es más que rey de Capri.

La cuñada de Tiberio, Antonia, que había honrado su viudez como Agripina, con larga é irreprochable castidad, echó de ver antes que el príncipe los secretos manejos del valido.

«Seyano, le escribía, conspira con los senadores. Jefes del ejército, soldados comprados á precio de dinero, hasta libertos del palacio imperial entran en la conspiración.» Y le revelaba todas las particularidades.

Tiberio no se atrevió á castigar inmediatamente. Ante todo quiso conocer la disposición del senado, del pueblo y de los pretorianos, y estudiar los recursos con que contaba Seyano, á fin de arruinarlos anticipadamente, como los de un enemigo á quien se ataca con prudencia y desde lejos, estrechándolo poco á poco hasta el momento decisivo en que se acomete cuerpo á cuerpo y se derriba.

Ya lo había enviado de Capri á Roma adonde su cargo parecía hacerlo necesario; pero en realidad para observarlo mejor allí donde creía él serlo menos. Comenzó por escribirle cartas hábilmente calculadas para que se mostraran los diversos sentimientos. Ahora le decía que su salud estaba arruinada; ahora que era excelente; y cuando el antiguo favorito solicitara volver á Campania, contestaba el emperador que él iba ya á volver á Roma. A veces vituperaba á Seyano, otras, las más, lo elogiaba. Hacía mercedes á sus amigos, mientras á otros maltrataba: lo nombró pontífice, pero al mismo tiempo concedía el augurado y el pontificado de Augusto á Cayo, que debía esta alternativa de favor y buena fortuna á los temores que inspiraba ahora el sacrificador de todos los suyos. Con estos títulos hizo el emperador grandes elogios del joven príncipe y dejaba entrever que lo designaría por sucesor. Alentado por la alegría del pueblo al rumor de esta elevación de un hijo de Germánico, se atrevió á más todavía: un acusado, enemigo de Seyano, fué absuelto por el tribunal; y él prohibió sacrificar ante la estatua de un hombre vivo.

Mientras el prefecto del senado flotaba en la incertidumbre, hoy ofendido, mañana acariciado, alejado y vuelto á la confianza, perdía la ocasión de contestar á estos sordos ataques con una revolución, y Tiberio se aseguraba del pueblo, quebrantaba su partido y separaba de él á los senadores, que lo habían supuesto más fuerte.

Al fin llegó á comprender Seyano en el vacío que se hacía en torno de sí, que estaba amenazado, y conocía demasiado á Tiberio para no saber que el amago precedía muy poco á la ejecución. Con esto precipitó sus proyectos; buscó y encontró cómplices para un atentado contra la vida del príncipe; pero Tiberio vigilaba invisible. Había llegado el momento de dar el golpe, y sin perder tiempo, lo dió recio y terrible.

El 18 de octubre el jefe de los pretorianos Macrón, llegó de Capri á Roma, de noche. Sin demora comunicó sus órdenes al cónsul Régulo y al prefecto de las rondas nocturnas.

Por la mañana encontró en la puerta de la curia á Seyano, el cual extraña que no le traiga despachos de Tiberio. «Sí te traigo, contestó Macrón; y por cierto viene en ellos para tí nada menos que el poder tribunicio.»

El favorito cree que el príncipe se entrega de suyo en sus manos y lleno de júbilo y locas esperanzas va á tomar asiento al senado. Antes de alcanzarlo allí Macrón, exhibe á los pretorianos del séquito de Seyano un despacho de Tiberio nombrándolo jefe de ellos; les promete una gratificación y los hace relevar por guardias nocturnos que rodean la curia. Entra entonces, entrega á los cónsules una carta del emperador y sale sin más demora para ir al campamento de los pretorianos á prevenir todo movimiento sedicioso. Tenía orden si estallaba algún tumulto, de sacar á Druso de su prisión y presentarlo al senado y al pueblo (1).

La carta de Tiberio era muy larga á fin de dar tiempo á Macrón para asegurarse de la fidelidad de los guardias. Comenzaba el emperador por un negocio indiferente, aunque soltando alguna que otra palabra contra Seyano; después pasaba á otro asunto y volvía aún á Seyano, sin cólera ni violencia. Finalmente, estrechándolo más de cerca, acusaba sin rodeos á dos miembros del senado amigos suyos, y ordenaba que se aseguraran de su persona.

Luego al punto los senadores sentados á su lado y que poco antes lo felicitaban, se apartan de él y lo insultan; los tribunos y los pretores lo rodean, y el cónsul lo coge y lo conduce á la prisión Mamertina entre la grita y befa de la muchedumbre.

Aquella misma noche fué ejecutado, y su cuerpo, abandonado al populacho, fué por espacio de tres días arrastrado por las calles de la ciudad y hecho pedazos de tal modo que no encontró el verdugo un miembro entero que arrojar al Tiber.

Habiéndole tomado gusto á este sangriento juego, el populacho arremetió á los partidarios del ministro caído, mientras los pretorianos, resentidos de que se hubiera dado su papel en esta tragedia á los guardias nocturnos, entraban á saco muchas casas de la ciudad, cuando no les pegaban fuego.

Después de las víctimas del pueblo, hubo las del príncipe: Bleso, el tío de Seyano, sus amigos, que eran muchos, porque había sido poderoso mucho tiempo, sus hijos, que fueron degollados en dos veces. Los más jóvenes fueron separados al principio sin duda para perdonarlos; después «se les llevó á la prisión: el hijo, aunque de pocos años, comprendía lo que le amenazaba; la hija, niña inocente, preguntaba qué falta había cometido; adónde la llevaban; que le dieran azotes y no lo haría más. Como era cosa inaudita que una virgen fuera condenada á pena capital, refieren los autores del tiempo que el verdugo la violó antes de estrangularla (2).»

De aquel día datan las crueldades: hasta entonces se había acusado al ministro más bien que al príncipe; pero cuando Apicata, la viuda de Seyano, reveló á Tiberio que su marido había envenenado á Druso y por este crimen traído todos los peligros que rodeaban la vejez del príncipe (3); cuando

(1) Dion LVIII, 4-12. En sus *Memorias*, que Suetonio leyó, decía Tiberio: *Sejanum se punisse quod comperisset furere adversus liberos Germanici filii sui*. No hay en estas palabras más que una parte de verdad; pero es posible que Tiberio se hubiera, no digo arrepentido, sino cerciorado de haber aumentado más bien que disminuído sus peligros dejando á Seyano destruir la familia de Germánico.

(2) Tácito, *Ann.* V, 9; Dion, LVIII, 11; Suetonio, *Tib.* 61.

(3) Apicata se dió la muerte, después de haber escrito al emperador esta carta que revelaba la complicity de Livilla. Tiberio quería

se vió vencido en astucia y disimulo por un hombre que para asegurar mejor sus proyectos, le había salvado la vida á riesgo de la suya, y conoció la extensión de la conjura, el número de los cómplices y la resolución de conculcarlo todo para llegar al fin apetecido, entonces no contó ya Tiberio para su seguridad más que con el verdugo.

«Desde aquel día, dice Suetonio, su crueldad no tuvo freno: multiplicó las torturas y los suplicios y por espacio de muchos días la instrucción de este solo negocio hubo de absorber de tal modo su atención, que habiéndose hecho anunciar un rodio, huésped suyo, á quien él mismo había invitado á que viniera á verlo, lo hizo poner en el tormento, persuadido de que era uno de los que lo esperaban, y descubierta el error, lo mandó matar para que no trascendiera. Todavía se enseña en Capri el lugar de las ejecuciones; era una roca, desde donde, á una señal del tirano, eran precipitados al mar los condenados, y los marineros que esperaban abajo remataban á golpes con los remos á los que respiraban todavía.»

En Roma continuó el senado mucho tiempo recibiendo y provocando acusaciones contra los cómplices del ministro que, después de haber envenenado á su hijo, atentaba contra el mismo emperador.

Tiberio fué el que primero se cansó de estos asesinatos que la cobardía de los grandes multiplicaba. Para acabar de una vez mandó ejecutar á los que había retenidos en las prisiones, y en su virtud, veinte presos, entre los que había mujeres y niños, fueron estrangulados en un día, arrastrados á las gemonías y por fin arrojados al Tiber.

Después de un momento de reposo volvieron á empezar las condenaciones. Esta vez las atajó Tiberio de otro modo: hizo dar muerte á los delatores más viles y prohibió á todo licenciado del ejército hacer oficio de acusador. La delación venía á ser un privilegio del orden ecuestre y del senado.

Con todo eso, aun en aquellos funestos años, no siempre fué implacable. Acusado un caballero de haber sido amigo de Seyano, contestó gallardamente que Tiberio también lo había sido, y que si era justo castigar á los cómplices del traidor, los que sólo habían sido amigos suyos como el príncipe, como el príncipe debían ser absueltos. El acusado fué absuelto libremente y se castigó con el destierro ó con la muerte á sus acusadores (4).

Mesalino Cota había sido denunciado por los principales de la ciudad por palabras irrespetuosas contra el emperador: Tiberio prohibió que se instruyera esta causa é hizo que se castigara á uno de los delatores. Muchos acusados quedaron olvidados en sus prisiones, como Agripa, cuyo voto homicida hemos referido; como Vitelio, que había prometido á Seyano abrirle el tesoro público confiado á su custodia; como el consular Pomponio, etc. Aburrido el segundo de tanta lentitud, se dió la muerte por su mano; los otros dos, más discretos, esperaron siete años la muerte del príncipe y Calígula los puso en libertad. Comprendiendo, sin darse cuenta de ello, la deplorable situación producida

perdonar á la viuda; pero Antonia, su madre, la hizo morir de hambre (Dion, LVIII, 11). Para probar la revelación de Apicata, muchos esclavos y libertos que se suponían conoedores del crimen fueron conducidos á Capri y puestos en tormento.

(4) Tácito, *Ann.* VI, 8-9, 30; Dion, LVIII, 19. En ciertos casos, Augusto había sometido al acusador que no probaba el hecho denunciado á la pena en que hubiera incurrido el acusado, *per periculum pene* (Suet. *Octav.* 32); y Claudio condenará á combatir como gladiadores á los esclavos y libertos que en tiempo de Tiberio y de Cayo hubieron de intentar acusaciones calumniosas ó dar falsos testimonios (Dion, LX, 12).

por culpa de los tiempos, los crímenes de algunos, la cobardía y vileza de todos, uno de los historiadores de Tiberio, Josefo, está dispuesto á felicitarlo por haber perdonado á algunos amigos de Seyano.

Solía pues suceder que dormitara el tirano. El pretor Lucio Seyano, que lo puso públicamente en ridículo á vista de todo el pueblo, ni siquiera fué inquietado, y dos acusadores de Arruncio fueron castigados. De cinco senadores inculpados del crimen de lesa majestad, dos fueron absueltos; en cuanto á los otros tres, ordenó Tiberio que se aplazara el asunto hasta que él volviera á Roma y no volvió jamás. De estos tres senadores, el uno conspiró más tarde contra Claudio, el otro contra Nerón, y el tercero, Escauro, envilecido por sus costumbres infames y acusado otra vez de adulterio y sacrificios mágicos, se suicidó.

Pero había también lugar para largas y honrosas existencias: Pisón, el prefecto de Roma, murió octogenario, habiendo desempeñado veinte años el cargo más difícil con honor y sin cobardes complacencias. Su sucesor lo ejerció como él dignamente, mereciendo los elogios de Tácito. Y aun veo que Lépidio, el más noble en Roma, después de la familia de los Césares, y á quien Augusto moribundo indicaba á Tiberio como uno de los candidatos al imperio, fué á la vez amigo del príncipe y del pueblo. Podíase pues vivir, bajo el reinado de Tiberio, sin bajeza, con honrada y noble altivez, pero á condición de vivir sin intrigas ni soberbias ambiciones. Para esto era preciso no ser conjurado ni delator y casi todos los nobles eran lo uno ó lo otro.

Después de esta gran conmoción creyó Tiberio conveniente acercarse á Roma y vino por el Tíber hasta los jardines que tenía cerca del Vaticano; pero los soldados apartaban al pueblo de las orillas del río. Tal era su desconfianza que pidió que Macrón, su nuevo prefecto del pretorio, lo acompañara cuando fuera á la curia, con tribunos y centuriones. La asamblea por su parte se apresuró á añadir que se registrara á los senadores á la entrada por si alguno llevara escondido algún puñal.

¡He aquí lo que era el senado de Tiberio! Servil y rastro, tanto más de temer: hoy condenando á una madre que había llorado á su hijo; mañana dispuesto á arrastrar al mismo Tiberio á las gemonías, si algún golpe afortunado lo derribaba del trono.

Pero el senado y el emperador no debían verse más: Tiberio volvió á su isla, adonde, según se afirma, iba á entregarse á infames sensualidades. Voltaire, que dudaba de todo, no cree esto y yo hago lo que él. Cuando se vió á aquel hombre terrible retirado en su roca inaccesible, se agotó la imaginación inventando placeres monstruosos, y se supusieron escenas imposibles como las únicas distracciones que pudiera gozar. Tácito invalida de antemano las narraciones de Suetonio y las suyas sobre las sensualidades de Capri, cuando opone á la vida disipada de Druso la austera y triste soledad en que vivía Tiberio en Roma (1). Ciertamente, no

(1) *Ann. III, 37: Solus et nullis voluptatibus avocatus.* Había añadido un título á la ley *Papia Poppa: quasi sexagenarii generare non possent* (Suetonio, *Claud. 23*). Esta disposición no parece cosa de un anciano libertino. Es de notar que los escritores de su tiempo ó inmediatos á su reinado, Filón, Séneca, Plinio el Antiguo, no saben al parecer nada de Capri. Y el historiador judío Josefo, que estaba muy enterado de las cosas de Tiberio y habla de Capri, nada dice de las monstruosidades que allí se suponen. El mismo Tácito dice que Tiberio no acostumbraba estar mucho tiempo á la mesa, porque dos días antes de su muerte, para iludir las previsiones de Caricles, *discumbit ultra solitum*. En semejante situación, cuando la muerte lo poseía ya, por decirlo así, no había tenido ciertamente fuerzas para permanecer más tiempo, y este poco tiempo era un exceso comparado con sus hábitos (*Ann. VI, 50*) Cf. Suetonio, *Tib. 34*, con la sencillez de su me-

salgo yo garante de sus costumbres en un tiempo en que nadie las tenía buenas; pero recuerdo su vida pasada y sus terribles preocupaciones, sus trabajos y, sobre todo, su edad. Se olvida que tenía sesenta y nueve años cuando salió de Roma y que frisaba en los setenta y tres después de la muerte de Seyano, cuando Tácito habla por la primera vez de las abominaciones de Capri, y no se considera que tales costumbres habrían llevado al sepulcro á aquel anciano en algunas semanas. Por lo demás no es tanto el hombre como el príncipe el objeto de nuestro estudio.

En Roma continuaba la guerra que los magnates se hacían entre sí bajo el nombre del emperador y se habían pronunciado condenaciones por motivos que difícilmente comprendemos. El terror se cernía sobre el senado y la acusación de lesa majestad era como una espada suspendida sobre todas las cabezas, pero que con frecuencia, según las mismas palabras de Tácito, hería víctimas que no tenían ningún derecho á la piedad.

Había también en Roma como una epidemia de suicidios, que se mostró igualmente en otros países: se suicidaban los hombres por una palabra del príncipe, por hastío, hasta sin motivo ninguno, como Nerva, antiguo amigo de Tiberio, que se dejó morir de hambre á pesar de las instancias y súplicas del príncipe. Un consular teme ser acusado, y se suicida por tener á lo menos el gusto de escribir en su testamento invectivas contra Macrón y Tiberio. Los herederos querían tener secreto el testamento, pero el emperador lo hizo leer públicamente. Prohibe á Galba sacar por suerte las provincias; da á otros sacerdocios prometidos á los dos Blesos, y los dos Blesos y Galba se suicidan. Escribe á Labeón diciéndole que renuncia á su amistad: Labeón se abre las venas y su mujer lo imita. Un Escauro es acusado por una tragedia en que se podía reconocer á Tiberio bajo la figura de Atreo: su mujer le aconseja que muera antes que contestar y le da el ejemplo. Galo, bajo la vigilancia de los cónsules hacía tres años, se deja morir de hambre. Un Vitelio hace lo mismo.

De esta manera se sustraían á los enojos de la prisión, á los peligros del proceso y á la vergüenza de las gemonías. Llegados al término de una larga existencia, hartos de goces y placeres, aquellos hombres gastados recobraban momentáneamente el valor de los antiguos tiempos; poníanse fieramente el manto de Catón, y lo que era «una gran

sa. Séneca (*Epist. 95*) refiere que le dieron un día un mujol que pesaba 40 libras y que Tiberio lo envió al mercado. «Me engañaría mucho, dijo á sus amigos, si no lo compraran Octavio ó Apicio.» En efecto, los dos se lo disputaron, quedando al fin por Octavio, que dió por el pez 5,000 sesteracios. Filón (*Leg. ad C. p. 999 b, c*), en el curioso cuadro que traza de la prosperidad del mundo romano, dice que Calígula fué acometido, á los siete meses de su reinado, de una enfermedad muy grave, por haber querido cambiar la manera de vivir frugal y saludable de Tiberio. En su juventud, dice Plinio, gustaba del vino, pero llegó á ser *in senecta severus* (XIV, 28); quería manjares ligeros y comunes: peras, cohombros, chirivías, col (XIX, 23, 28, 4). Uno de los dos amigos que había llevado consigo á Capri era el consular Nerva, sapientísimo juriconsulto, personaje grave y su consejero ordinario. La historia de Agripa que cuenta Josefo largamente, tampoco nos presenta á Tiberio como un hombre terrible para aquellos de quienes nada temía. Este Agripa le debía de mucho tiempo atrás una gran cantidad de dinero: el administrador imperial de Jamnia, quiere prenderlo para que pagara y él se escapa, y llega á Capri, donde el emperador lo abraza y aloja en su palacio; pero el día siguiente recibe cartas del administrador é irritado de esta mala fe, se contenta con prohibirle la entrada en palacio mientras no le pague. Más tarde un liberto de Agripa lo acusa; Tiberio manda prender al liberto y no quiere profundizar la acusación. Pero Agripa insiste: el emperador le aconseja que desista, no sea que le pare algún perjuicio. Agripa persiste y resulta culpable de un hecho que pudo costarle la vida; pero sólo sufrió una ligera prisión (*Ant. Jud. XVII, 8*).

comodidad para el heroísmo, cada cual hacía acabar el papel que representaba en el mundo en el punto que quería,» por un acto que los estoicos creían el colmo de la virtud y llamaban en su lenguaje filosófico la *salida racional*.

Apicio quiere saber un día lo que le queda después de todas sus dilapidaciones: su administrador le presenta estos números 2,500,000 dracmas. Como esta cantidad no bastaba para continuar la misma vida de disipación, Apicio se va. «Habéis conocido á Marcelino, dice Séneca: era joven, tenía bienes de fortuna, amigos, esclavos; pero también una enfermedad enojosa que, sin embargo, no era incurable. Y se preguntó si haría bien en librarse de médicos desembarazándose de la vida. Reunió pues á sus amigos y puso el asunto á deliberación: unos votaron en pro, otros en contra; pero un estoico sostuvo que la vida no merece en verdad tantos cuidados, puesto que se comparte con los animales y los esclavos; que era preciso comer y beber, dormir y divertirse y volver á dormir para volver á empezar, bastando sólo el hastío para querer morir. Marcelino aprobó el consejo; sus esclavos lloran, y él les da algún dinero, los consuela y toma sus últimas disposiciones. Tres días estuvo sin comer, luego se hizo meter en un baño caliente, donde debilitado como ya estaba, desfalleció muy pronto murmurando algunas palabras sobre el placer que sentía muriéndose tan suavemente (1).»

Esto en cuanto á los voluptuosos y hastiados, los que «fatigados por su ociosa existencia sentían la amargura oculta en la misma fuente del placer.» Toda sociedad de civilización refinada tiene accesos de esta enfermedad: muchos de nuestros cinco mil suicidas anuales son ciertamente víctimas de ella.

En cuanto á los acusados, las razones eran diferentes. Ellos y el príncipe tenían interés en que todo pasara sin ruido ni publicidad en el fondo de los palacios y de las quintas: evitando el uno dar al pueblo el espectáculo de tantos suplicios, disminuía la odiosidad de las condenaciones, porque estas muertes en apariencia voluntarias parecían testimonios de culpabilidad; los otros, anticipándose al licitor salvaban sus bienes, á sus mujeres, á sus hijos, y lo que en las creencias paganas valía también mucho, sus propios funerales (2). Por otra parte ¿adónde huir? ¡Era tan grande el imperio! Esconderse no era digno ni aun seguro; y la molición y la altivez romanas repugnaban el único recurso que quedaba, el de pedir asilo á los bárbaros.

Todo esto es verdad; pero un tiempo en que tales resoluciones son posibles no deja de ser una época maldita; y puesto que el jefe hubiera tenido el honor de las prosperidades, sea suya también la vergüenza de los asesinatos y de las desesperaciones.

Uno de los actos más odiosos fué la muerte de Druso. Este príncipe no merecía ninguna estimación: había hecho traición á su hermano y lisonjeado á Seyano, y Tácito lo juzga severamente; pero Tiberio debía respetar la sangre de Germánico. Habiendo corrido el rumor de una reconciliación entre Druso y el emperador, mostraron los romanos una alegría, que fué su perdición. Por espacio de nueve días, tuvo que alimentarse el infeliz con la borra de sus

(1) Séneca cita (*Epist. 23*) estas palabras de Epicuro: «¡Qué fastidio comenzar todas las mañanas la vida!» Algunos años después quiere obligar Claudio á los senadores á asistir á las sesiones del senado: muchos de ellos continúan faltando á este deber de su cargo, y el emperador los castiga, y algunos se suicidan (Dion, LX, 11).

(2) *Eorum qui de se statuebant, humabantur corpora, manebant testamenta, pretium festinandi.* Para los suicidios ordinarios no había funerales: *suspensiois*, dice Varrón, *justa fieri jus non est* (Serv. ad *En. XII, 603*), costumbre conservada aún por la Iglesia.

jergones: Tiberio no había querido que el verdugo derramara la sangre de un vástago de la nobilísima gente Julia.

Agripina no sobrevivió á su hijo, dejándose morir de hambre el 18 de octubre del 33, á pesar de sus guardias que le abrían á la fuerza la boca para introducirle los alimentos. Tiberio persiguió innoblemente su memoria, la acusó de libertinaje é hizo que el senado le diera las gracias por no haber arrojado á las gemonías el cuerpo de la nieta de Augusto.

Así, pues, salvo Calígula, quedaba exterminada toda la familia de Germánico, y ahogado en sangre el partido que representaba. El despotismo, ya sea en Roma, ya en Constantinopla, no puede obrar de otra manera: es preciso que haga el vacío en torno de sí con el destierro ó con la muerte.

Pero apartémonos de estas escenas de muerte, que hicieron justamente la abominable reputación de Tiberio y acabarían por hacernos también olvidar el imperio.

La dominación de Tiberio en sus últimos años tuvo el mismo carácter de firmeza y buen sentido que antes. Mantuvo la disciplina con severidad aun entre los pretorianos, dándoles una gratificación después de la muerte de Seyano; pero siendo siempre jefe severo, no complaciente. A uno de ellos condenó á muerte, sólo por haber robado un pavo real de un jardín inmediato.

Habiéndose dado el pueblo á la murmuración á causa de la carestía de granos, reconvinó Tiberio á los cónsules y al senado por no haber reprimido con mano fuerte este desahogo, y se limitó á publicar un estado de la importación de trigos probando que era mayor ahora que en tiempo de Augusto. Un decreto del senado y un edicto de los cónsules, recordando la antigua severidad, devolvieron al pueblo la calma y la sumisión. Tiberio restableció entonces sin ningún temor la centésima que al principio había reducido á la mitad.

Los magos ó hechiceros habían vuelto á Roma y turbaban con frecuencia á las familias y á la multitud con sus predicciones; Tiberio los expulsó de la ciudad. Se propuso la admisión de un nuevo libro sibilino y el príncipe se opuso á ello desestimando los medios de gobierno de esta clase y juzgando que había ya bastantes con los oráculos revisados por Augusto.

Un año, dejando en reposo los delatores la ley de lesa majestad, recurrieron á un reglamento de César, quien para combatir una de las plagas de Roma, la usura, había prohibido conservar en dinero más de 60,000 sesteracios, prescribiendo colocar lo demás en tierras ó en casas dentro de Italia. Esta mala ley económica había caído muy pronto en desuso. Habíanse conservado los capitales y muchos hacían *trabajar su dinero*.

Espantado el pretor de la multitud de los delitos, dió cuenta al senado; los senadores mismos eran todos culpables y recurrieron al príncipe, que les concedió año y medio para ajustarse á la ley. Por un senadoconsulto se decidió entonces que dos tercios de las cantidades cobradas sobre los créditos se emplearan en compras de bienes raíces italianos. El reembolso inmediato de los préstamos arruinó á muchos deudores, y haciendo uso los acreedores del plazo que la ley les concedía, tuvieron su dinero en reserva para aprovecharse de la depreciación de las tierras que los deudores tenían necesidad de vender.

No por eso circuló más el dinero, el cual se obtenía solamente á un beneficio usurario, y para evitar esta perturbación financiera, creó Tiberio una especie de caja de crédito territorial. En efecto, constituyó un fondo de cien millones de sesteracios que prestó sin interés por espacio de

tres años, recibiendo en garantía bienes raíces de doble valor. Este banco y la revocación ó abandono del senadoconsulto sobre la compra forzosa de las tierras hubieron de restablecer el crédito.

Algunos meses antes de su muerte destruyó un incendio todo el Aventino, donde se alzaban los templos de Diana, de Juno Reina, de Minerva y de *Júpiter Libertas*, que Augusto había restaurado y embellecido con obras maestras: Tiberio renovó las larguezas que había hecho en dos ocasiones semejantes, pagó el precio de las casas quemadas y gastó en esta munificencia hasta cien millones de sestericios.

Fuera de Italia, la aristocracia provincial fué á veces tratada como la de Roma. Un noble de Macedonia sospechoso de tramitar intrigas con el rey de Tracia, fué proscrito: la ley de lesa majestad alcanzó á dos de los principales ciudadanos de la Acaya; y Mario, el más rico de los españoles, acusado de incesto, fué precipitado de la roca Tarpeya (1). En varias provincias despojó á muchas personas que en contra de la ley de César, tenían gran parte de sus riquezas en dinero, y quitó, así á particulares como á ciudades, el derecho que les había concedido anteriormente de explotar las minas.

Un hecho referido por Josefo debe alejar la idea de que la codicia presidía á la administración de las provincias. Cuando murió el tetrarca Filipo, el año 34, agregó Tiberio sus dominios á la Siria, pero comprometiéndose á gastar en el país todo el dinero que de él sacara. Para explicar la formación del tesoro que dejó á su muerte (2), no es preciso contar con crueles exacciones. La severa economía del príncipe, atestiguada por mil hechos y continuada durante un reinado de veintitrés años y las confiscaciones hechas en Roma, basta para ajustar esta cuenta. Fuera de esto, persistía en su sistema de los mandos prolongados que aseguraban á los provinciales administradores que conocieran sus intereses. Pompeyo Sabino conservó el mando de las dos Mesias, de Macedonia y de Acaya por espacio de veinticuatro años; y Arruncio el de España por más de diez (3). Ocho hacía que Léntulo Getúlico estaba al frente del ejército de Germania.

Por eso los consulares no pretendían ya aquellos cargos difíciles que los desterraban de Roma por tan largo tiempo, y Tiberio se vió en el caso de quejarse al senado de que nadie quisiera ir á gobernar las provincias ni á mandar los ejércitos. Estas negativas, que no reconocían por causa un desinterés generoso, son para nosotros un seguro indicio de la dependencia en que tenía el emperador á sus agentes y de las estrechas cuentas que les exigía de su gestión (4).

Dos de las más importantes provincias, el Africa y la Siria, tenían á su muerte por gobernadores dos hombres de rara probidad, dice Tácito, y de virtud antigua; en Egipto,

(1) Tácito, *Ann.* VI, 18, 19. Tiberio confiscó las riquezas de Mario y las minas de oro que tenía en contra de la ley.

(2) De 5 á 600 millones de francos acumulados en 23 años de reinado, á unos 26 millones anuales.

(3) Verdad es que Tiberio á quien Arruncio era sospechoso, lo retuvo en Roma dejándole su título. Lamia no fué nunca tampoco á su gobierno de Siria (*Ann.* VI, 27) sin duda á su voluntad, porque Lamia era amigo de Tiberio, que le dió un cargo de confianza, la prefectura de Roma (*Ibid.*). Claudio tuvo que obligar, por una disposición legal, á los gobernadores residentes en Roma, á que fueran á sus gobiernos en un término perentorio.

(4) Sidón y Damasco estaban en litigio por sus límites. Los de Damasco dieron una buena cantidad de dinero al judío Agripa, nieto de Herodes el Grande, para que los apoyara con su influencia en el ánimo de Flaco, gobernador de Siria. Habiéndolo sabido éste se indignó de tal manera contra Agripa que le retiró su amistad y lo echó de su casa. Los gobernadores republicanos no eran tan austeros.

la administración del prefecto Flaco fué irreprochable á los ojos mismos de Filón, mortal enemigo suyo, mientras vivió Tiberio.

Así, las provocaciones que de tarde en tarde les hacían eran ineficaces. Tacfarinas, en Africa, no había reunido más que vagos y bandidos; Floro no pudo sublevar la Bélgica, ni Sacrovir la Lyonesa. En Grecia un supuesto Druso se presentó después de la muerte de Seyano, hizo algunas estafas y desapareció sin que Tácito hubiera podido saber lo que fué de él.

Estos hechos prueban más en favor de la administración de Tiberio que la verbosa embajada de Esmirna, de Halicarnaso y de otras nueve ciudades de Asia, disputándose el honor de erigirle un templo. Para nosotros, estas demostraciones son sacrilegas y serviles, y no lo eran menos para los antiguos que lo sería entre los modernos la erección de una estatua á un príncipe vivo. No significaban más; pero tenían también la significación que el Asia estaba contenta con el gobierno de Tiberio.

En las fronteras no se turbó la paz un momento, salvo el movimiento de los frisonos el año 28. Un primipilario comandante del país de ellos hubo de exigir en tributo pieles de auroc ó uro en lugar de pieles de buey: los frisonos lo expulsaron y dieron muerte á algunos romanos sorprendidos cerca de un bosque. Tiberio no quiso una guerra más allá del Rin, que podía poner otra vez la Germania en movimiento, y para evitarla eximió del tributo á los frisonos.

En el Eufrates había sufrido otro contratiempo la política romana. A la muerte del príncipe establecido en el trono de la Armenia por Germánico, hizo reconocer Artabán á su hijo Arsaces y luego reclamó, además de los tesoros que su antiguo rival Vonón había dejado en Siria, las provincias en otro tiempo poseídas por los persas, es decir, toda el Asia Menor (35). Tiberio no dió grande importancia á estas hipótesis orientales: eligió uno de los más prudentes capitanes, el hábil y circunspecto Vitelio, y lo investió de una autoridad superior en las provincias del Este. A esta concentración de todas las fuerzas romanas en Oriente, añadió medios más seguros todavía: encargó á un príncipe de Iberia, de nombre Mitridates, hacer la conquista del reino de Armenia, se preparó en la misma Tesifonte una conspiración entre los señores partos descontentos (5), y uno de los arsacidas detenidos en Roma fué enviado á Siria. Habiendo muerto éste de enfermedad, lo sustituyó Tiridates. Finalmente Vitelio compró á precio de oro los pueblos del Cáucaso que abrieron á los alanos las puertas del Caspio, y desencadenó á estos bárbaros á espaldas del imperio parto, que él había de atacar de frente por el Eufrates.

Este plan tuvo el mejor éxito. Vencido Artabán dos veces en Armenia y amenazado por una conflagración universal, huyó al país de los escitas, mientras pasando el río sin resistencia, el hábil Vitelio presentaba á Tiridates á la multitud que salía á recibir á las legiones. La incapacidad del nuevo príncipe hizo desde luego aceptable á su rival, que expulsado de Tesifonte, se refugió en tierra del imperio. Pero advertido Artabán por sus propias desgracias, se dió buena prisa á tratar con Vitelio, dándole en rehén á su hijo Darío con grandes presentes para el emperador.

Tiberio más afortunado que Augusto, podía pues preciar-se de haber impuesto la paz á los partos, después de haber mostrado las águilas romanas en medio de sus provincias.

(5) Uno de ellos, el gobernador de la Mesopotamia, había servido á las órdenes de Tiberio en Dalmacia y de él había recibido el título de ciudadano romano (*Ann.* VI, 37). Josefo dice expresamente que Vitelio compró á los deudos y amigos de Artabán (*Ant. Jud.* XVIII, 6).

Había alcanzado á la sazón la edad de setenta y ocho años y hacía algún tiempo que las fuerzas y la vida lo abandonaban. Sin embargo, no cesaba en su actividad de espíritu, afectaba humor jovial para disimular su aniquilamiento, y habiendo pasado á la costa campaniense, mudaba de residencia á menudo.

Detúvose, en fin, en el cabo Miseno, en una antigua villa de Lúculo, adonde fué á verlo el hábil médico Caricles, no para medicarlo, porque Tiberio se burlaba de los que, pasando de los treinta años, tenían necesidad de que otros les dijieran lo que era bueno ó malo para su salud. Al despedirse Caricles, observó su pulso con pretexto de besarle la mano y conoció que se aproximaba su fin. La intención no se le escapó á Tiberio; pero en vez de castigar su audaz indiscreción, ordenó un festín y permaneció á la mesa más tiempo que de costumbre, como para hacer honor á un amigo que iba á dejarlo.

Con todo eso, Caricles informó á Macrón de que al emperador no le quedaban dos días de vida. Y en efecto, el 16 de marzo tuvo un gran desvanecimiento; cuando volvió en su acuerdo, llamó á sus esclavos, y no contestándole nadie, se levantó sostenido por su enérgica voluntad; pero volvió á caer, ya muerto, cerca de su cama (16 marzo 37 de J. C.) (1).

Creo haber presentado á Tiberio tal como era, enemigo del fausto, del ruido, del bullicio de la gente; despreciando la adulación hasta el punto de encontrar su senado demasiado bajo y servil; arrostrando el odio, desdénando el aplauso popular, sin estimar el bien ni el mal sino á medida de lo útil; de ánimo activo y firme, pero tético y duro, sin preocupaciones ni creencias, á no ser la del destino (2), é imposible, implacable como él; suspicaz, porque encontraba siempre la bajeza y la traición; y al fin cruel, porque se veía por todas partes amenazado.

Por espacio de mucho tiempo gobernó con moderación, y siempre en las cuestiones de administración, con prudencia; pero cuando se le hubo envenenado á su hijo único, cuando en su mismo palacio, entre sus mismos ministros y favoritos se conspiró contra él, se vengó sin piedad, y una vez en esta vía, no se detuvo ya. Aislado, sin apoyo, sin defensor ninguno interesado en su causa, hirió en torno de sí, como un león hace el desierto alrededor de su madriguera. Vista así esta gran figura es acaso menos trágica, pero es sin duda más verdadera.

Nadie, á buen seguro, nadie amará á aquel hombre en cuyo corazón no latía nada humano. La naturaleza, la educación, los trabajos realizados le habían dado una alta y severa inteligencia, pero el poder absoluto y las circunstancias hicieron de él un tirano. Nadie intentará siquiera justificar las crueldades de sus últimos años: la sangre derramada clama siempre á Dios; pero no olvidemos que ha habido tiranías más odiosas y culpables, porque han sido voluntarias. Provocado Tiberio, aceptó la lucha que, tarde ó temprano, debía necesariamente estallar en una sociedad donde faltaban á la vez las instituciones y las costumbres, que con

(1) Corrieron muchas versiones sobre la muerte de Tiberio: quien decía que Cayo le había dado un veneno lento, como si no bastaran sus 78 años; quien que lo habían ahogado bajo un colchon. Esta última versión es la que aceptó Tácito como más trágica. Nosotros seguimos á Séneca que estaba entonces en Roma y debía estar bien informado.

(2) Suetonio, *Tib.* 69. De aquí su credulidad respecto de la astrología judiciaria, debilidad demasiado común para que le hagamos un cargo por ello. Antes le reprocharemos su poco gusto para las artes (*Id. ibid.* 47) aunque como buen administrador hubiera terminado los

frecuencia las suplen, y cuya vida no será por consiguiente, salvo algunos momentos, más que una revolución continua.

Ahora bien, hartos sabemos cuál y cómo es la justicia de los tiempos de revolución. Uno de los miembros de nuestro tribunal revolucionario decía: «Nosotros no somos jueces; ellos no son acusados: aquí no hay más que enemigos políticos, ellos y nosotros.» He aquí porqué cualquiera sospecha que se inspire toma visos de delito, y todo delito viene á ser un crimen. ¡Tiempos tristísimos en que una falsa lógica endurece el corazón y ahoga la voz de la conciencia! Preferibles son gloriosas inconsecuencias y todos los azares de una imprudencia generosa á esos campos cerrados en que se asesina jurídicamente; y no puede admitirse que Tiberio no hubiera podido encontrar, aun después de la muerte de Seyano, otro medio de gobierno que la fiera segur de los lictores.

Su situación era más difícil que la de Augusto. Podía, sin embargo, continuar su papel; prefirió desgarrar brutalmente los velos que la mano de su predecesor había extendido sobre el despotismo. El senado, los caballeros, toda la alta sociedad romana temblaron ante él; pero á su vez tembló él ante todos. Mas el gobierno y las costumbres de un país son solidarias; como la libertad eleva los caracteres, la tiranía los rebaja y humilla: especulando ésta con las malas pasiones las acalora y excita, y la sociedad sufre doblemente en sus intereses políticos y en sus intereses morales. Aquí el miedo trajo la bajeza, y quebrantada la altivez del ciudadano, cayó la dignidad del hombre y descendió el nivel de la conciencia pública. Humilladas las almas no tuvieron ya que oponer al vicio la mejor de las salvaguardias, el respeto de sí mismo. He aquí los frutos del despotismo: Augusto los había sembrado; Tiberio y algunos de sus sucesores los recogieron.

Cuatro años antes, los príncipes de los sacerdotes, en Judea, conducían ante el procurador romano á un hombre á quien acusaban de llamarse rey de los judíos é hijo de Dios. Pilatos no encontraba en él ningún crimen y aquel reinado de la verdad le parecía poco temible. Bien hubiera querido salvar á la santa víctima; pero ¡ay! como á su amo y señor, el sosiego público le importaba mucho más que la justicia, y cedió cobardemente ante el tumulto diciendo: «¡Caiga su sangre sobre vuestras cabezas!» Y el crimen se consumó (4).

Tiberio había visto caer ante sí tres héroes de la resistencia de las naciones al poderío romano: Hermann, Tacfarinas y Sacrovir; pero el héroe de la humanidad triunfaba muriendo: los brazos de Cristo extendidos sobre la cruz del Gólgota iban á envolver el mundo y á empujar de su trono á sus señores.



Moneda de Tiberio (3)

monumentos comenzados y atendido á la conservación de los que existían (Tácito, *Ann.* VI, 45; Dion, LVII, 10) sin poner su nombre en ninguno de ellos. Hay que atribuir también tanto al régimen de terror de sus últimos años como á la falta de talentos elevados la absoluta nulidad literaria de la época de Tiberio.

(3) TI. CAESAR. DIVI. AVG. F. AVGST. IMP. VIII, alrededor de la cabeza laureada del emperador Tiberio. Moneda de bronce.

(4) La fecha de la muerte de Jesucristo varía del año 27 al 33, que es la generalmente seguida. Clinton (*Fasti Hellen*) la fija en el 29.